

FEO Y DESCALZO

XAVIER SIRÉS



SENECA



Xavier Sirés
FEO Y DESCALZO



«CUALQUIER FORMA DE REPRODUCCIÓN, DISTRIBUCIÓN, COMUNICACIÓN PÚBLICA O TRANSFORMACIÓN DE ESTA OBRA SOLO PUEDE SER REALIZADA CON LA AUTORIZACIÓN DE SUS TITULARES, SALVO EXCEPCIÓN PREVISTA POR LA LEY. DIRÍJASE A CEDRO (CENTRO ESPAÑOL DE DERECHOS REPROGRÁFICOS) —WWW.CEDRO.ORG— SI NECESITA FOTOCOPIAR O ESCANEAR ALGÚN FRAGMENTO DE ESTA OBRA».

PRIMERA EDICIÓN: FEBRERO DE 2015

IMAGEN DE PORTADA: AUTORRETRATO CON LAS MANOS EN EL PECHO DE EGON SCHIELE

© 2015 XAVIER SIRÉS

© EDITORIAL SENECA

AVD. COMPOSTELA, 24. 27.620 SAMOS

SENECA@EDITORIALSENECA.ES

©QUIJOTE 360

ISBN: 978-84-15128-53-3

DEPÓSITO LEGAL: LU-0020-2015

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN

WWW.EDITORIALSENECA.ES

WWW.QUIJOTE360.COM (NO SON GIGANTES)

La infancia y el bosque

Bosque.

El verano ya se había ido. Solo quedaba el otoño. Campos llenos de polvo. Casi nada de verde, ninguna flor. El bosque también había ardido ese año, en agosto. Toda la zona había quedado cubierta por una capa de cenizas. Era como un bizcocho con azúcar glas por encima, con la diferencia de que este azúcar era de color gris.

Bernat paseaba por allí. Lo acompañaba su abuelo, Guillaume, que se había traído su escopeta. Cuando era joven solía salir de caza por esa zona. Al hacerse mayor, perdió la costumbre y con el paso del tiempo se olvidó hasta de cómo apretar el gatillo. Cuando se jubiló intentó aficionarse de nuevo, pero le fue imposible. La vista le fallaba y si alguna vez acertaba a disparar a un animal era por pura suerte. En realidad lo que a él le gustaba no era disparar a animales inofensivos. Lo que él quería era oír el silencio que siempre venía después del ruido del disparo.

Bernat tenía ocho años y un tanque lleno de curiosidad guardado en su cabeza. Vivía en una finca perdida entre montañas, con Agnès y Palau, sus padres. Antes de que él naciera su padre había contraído una enfermedad grave. Como eso le impedía seguir trabajando en el cargo que entonces tenía en la administración de una editorial, decidió irse a vivir al bosque. Siempre había sido su sueño. Agnès, que por entonces era su novia, no se opuso a la idea y se mudó con él. Sin embargo, quería conservar su trabajo como profesora de pintura, así que, desde entonces, por las mañanas bajaba a la ciudad para seguir con sus clases.

Bernat le iba dando mordiscos a una manzana verde. Tenía unas gotas de jugo en la comisura de los labios. Miraba el paisaje como quien mira las obras de

un museo. De vez en cuando le echaba un ojo a su abuelo, que iba a su bola. Se cargaba la escopeta sobre el hombro y apuntaba al aire. Luego, sin haber disparado, cogía el arma por la culata y seguía caminando. Parecía que en lugar de disparar intentara hacer fotos.

Una bandada de pájaros cruzó el cielo de izquierda a derecha. El batido de sus alas acabó con el silencio.

—Abuelo, ¿cuáles son tus manzanas favoritas?—preguntó Bernat. Su voz era muy fina y aguda, pero sin llegar a ser ridícula.

—Las Golden son las más sabrosas que nunca probarás.

—Papá dice que las Fuji son las mejores.

Guillaume se detuvo y sacó de su bolsillo una cajita de cartón. Dentro había unos cuantos puros, de los que cogió uno y se lo llevó a la boca. Sacó del otro bolsillo de su pantalón un encendedor y le prendió fuego. Aspiró una bocanada y siguió caminando. Dijo:

—Si vas de snob o marica, las Fuji son las tuyas.

Bernat no acababa de entender qué significaba eso, pero igualmente rió. Le parecía muy graciosa la forma en que su abuelo hablaba. Era muy payés. Su actitud era la del típico catalán de sesenta o setenta años que había pasado toda su vida en el campo y que no salía de casa sin su sombrero de paja ni su bastón.

Otra bandada de pájaros cruzó el cielo, esta vez de derecha a izquierda.

—Estos pajarracos están locos.

—El campo quemado les confunde.

A Guillaume siempre le sorprendían los comentarios de su nieto. Los encontraba poco propios de alguien de su edad. Al haber crecido rodeado de personas mayores, en lugar de decir las cosas que diría un crío, soltaba comentarios como ese. O eso creían sus padres y abuelos.

–Te deberías venir a vivir aquí.

–No, Bernat, no. Yo en la ciudad estoy muy bien. Tu abuela tiene sus amigas allí y a mí me gustan las rutinas con las que funcionamos. Venir a la montaña me encanta porque no es algo que haga cada día.

–Pero, abuelo, tendría que ser yo quien viviera en la ciudad y no tú.

–No sabes de qué hablas, Bernat. La ciudad está llena de asesinos en serie.

Cuando Guillaume decía algo como eso Bernat se preocupaba. La única vez que había estado en la ciudad había sido al ser bautizado. Sus padres se habían negado a volver a llevarlo. Querían criarle en pleno contacto con la naturaleza. En sus ratos libres, Bernat se dedicaba a imaginar cómo debían ser las ciudades. Había leído mucha literatura ambientada en capitales como Madrid o París. Se imaginaba las calles como caminos sin comienzo ni final, con casas de una veintena de pisos y coches por todos lados. Para él, la ciudad representaba el futuro.

–Pues yo la quiero conocer... Debe ser muy divertida.

–Algún día lo harás. – Chupó su cigarro sin llegar a darle una calada y continuó– Nadie muere sin haber estado metido alguna vez en los meaderos más grandes del mundo.

–¿Qué?

–Nada. Que no te preocupes, que algún día irás.

Guillaume vio un pájaro que rebuscaba algo en las cenizas del suelo. Era un gorrión. Lo apuntó con la escopeta y estuvo a punto de disparar. En un último segundo, la desvió y disparó justo al lado. El ruido retumbó por todo el bosque. El gorrión se puso a volar con lentitud, como si desafiara a Guillaume. « ¿Acaso no te atreves a matarme, viejo?» parecía que dijera.

Agnès pelaba una patata sobre la mesa del come-

dor. Dejaba que la cáscara fuera cayendo en el suelo. Palau, sentado en uno de los sillones, leía un libro de filosofía. O, mejor dicho, lo miraba. En realidad, solo veía las letras, no las leía. Tenía los ojos entrecerrados, debía estar a punto de dormirse. Los labios se le despegaron y una gota de saliva cayó sobre su jersey.

Bernat y su abuelo entraron entonces. Guillaume llevaba su escopeta colgada en la espalda y dos troncos que dejó al lado del hogar. En este había las brasas del fuego que habían encendido esa misma mañana.

Agnès levantó la mirada, les saludó moviendo la cabeza y volvió a concentrarse en su patata.

–¿Qué tal os ha ido? –preguntó, cortándola en rodajas.

–No ha habido suerte– respondió Guillaume.

Agnès pensó en contestar «me sorprendería que la hubiera», pero se mordió la lengua. Se llevó uno de los trozos de patata a la boca. Mordió la mitad y dejó la otra con el resto de rodajas, que había puesto dentro de un cuenco.

Al cabo de un rato entró Gal·la por la misma puerta. Era la madre de Palau y esposa de Guillaume. Llevaba una bata gris y su cabello, negro y canoso, recogido en una cola. Tenía muy buen aspecto, pero las bolsas de sus ojos y sus arrugas revelaban su edad. Unos sesenta años, más o menos.

Dejó un cesto lleno de tomates sobre la mesa de madera.

–Venga, Guillaume, ya son las cinco. Ve abriendo el coche.

–Abuela, no os vayáis aún. Le quiero enseñar unas cosas al abuelo.

Gal·la negó con la cabeza, diciendo:

–No, que luego hay mucho tránsito para llegar a la ciudad. Salimos ahora, como siempre. Ya se las enseñarás otro día.

Sonaba tajante, como de costumbre. Tenía un carácter fuerte y rebelde. No negociaba, se imponía.

Palau se acercó a uno de los sofás que había apoyados en la pared, se puso de rodillas en él y abrió de par en par una ventana. La casa tenía una sola planta, esa. Desde allí se veía el coche de los abuelos de Bernat aparcado, delante. Era negro, quizás muy caro.

Guillaume fue a ventilar el coche mientras Gal·la recogía unos libros y ovillos de lana que había dejado sobre la mesa. Le gustaba leer mientras hacía ganchillo, cuando estaba por allí. Bernat desapareció de un momento a otro. Debía haberse ido al baño o a su cuarto. Era muy propio de él eso de irse sin decir nada.

–Pues nos vamos. Subiremos el domingo, si no nos sale ningún imprevisto – dijo Gal·la desde fuera. Cogió su bolsa. La subió al maletero del coche y lo cerró de golpe.

Los dos iban comentando el buen día que hacía. Gal·la conducía y Palau iba en el sitio del copiloto. Ella mantenía la mirada fija en la carretera y él la desviaba hacia las montañas que había a cada lado. A lo lejos se veía un pueblo de color marrón y naranja, con un campanario que sobresalía entre las casas.

Palau sacó su caja de cigarrros y cogió uno. Le ofreció otro a Gal·la. Lo aceptó.

Fumaban a gusto, con las ventanillas bajadas y todo el viento viniéndoles de cara.

Los cabellos canosos de Gal·la se clavaban en el cojín de su asiento.

Algo se removió entre las bolsas que había en los asientos de detrás y Gal·la frenó el coche, asustada. Por suerte, en ese momento nadie les seguía.

Una de las bolsas que había cayó al suelo y los rizos de Bernat quedaron al descubierto. Había estado escondido hasta entonces.

–¡Joder! – exclamó Gal·la, y se llevó una mano a la

cara.

Giró el coche y se pusieron de vuelta hacia la finca del bosque.

—¿Por qué has hecho esto, Bernat? ¡Nos acabas de retrasar! ¡Nosotros tenemos cosas que hacer, en la ciudad, si no habríamos bajado más tarde!

Bernat no parecía demasiado arrepentido. Tenía cara de haber planeado esa jugada con antelación y de estar bastante decepcionado ahora que le había salido el tiro por la culata.

Bernat jugaba con un perro. Corría detrás de él, riendo. Pasaba entre los pinos, se tiraba al suelo y hacía la croqueta, se rasguñaba las rodillas. Su melena le llegaba a la altura de las rodillas. Cuando se movía, parecía un ramo de trigo con vida propia. Su madre se cuidaba de que siempre la llevara aseada. Las ramas de los pinos cubrían el cielo, de manera que solo quedaban al descubierto algunos huecos de azul, azul que ya se estaba pasando al lila y que luego se volvería negro.

Entonces, se oyó el ruido de un coche acercándose. La cadena de la entrada a la finca no estaba echada, por lo que el coche —muy parecido al de Gal·la y Guillaume— entró sin problema. Empezó a subir por el camino de arena que había hasta la casa. Bernat lo observaba desde la penumbra de los árboles, mientras acariciaba el perro desconocido.

De repente, se echó a correr hacia el coche, gritando:

—¡Gerard! ¡Gerard!

El coche se detuvo cuando Bernat se interpuso en su paso. La sombra que había en el asiento del conductor bajó la ventanilla y exclamó:

—¡Bernat, sal de allí!

Se apartó y el coche siguió subiendo. Era su hermano. Llegaba de la universidad. Ese día había salido

pronto y no se había distraído en ningún lugar, así que se había ido directamente a casa. Por lo general, solía llegar a las once o doce de la noche y se volvía a ir a las siete de la mañana. Estudiaba la carrera de Derecho en la ciudad.

Bernat volvió al lado del perro que había encontrado un par de horas antes por los caminos del bosque y lo acarició. Este se tumbó y giró, abriendo la boca y sacando la lengua. Bernat le rascó la barriga. Parecía sediento, así que decidió llevarlo a la casa y darle algo de comer y beber. Palau llenó un cubo de agua. Se sacó los calcetines y remangó los pantalones. Metió los pies dentro del cubo, que era bastante fondo.

—¡Leches! ¡Qué fría está hoy!

—Cuando te acatarres, ya verás— predijo Agnès desde dentro de la casa. Estaba sentada en una butaca del salón, leyendo un libro a la luz de una lámpara. La ventana del salón seguía abierta de par en par.

El coche negro apareció entonces. Gerard lo aparcó donde antes había estado aparcado el de sus abuelos y salió de él. Era un chico muy guapo. Iba vestido con una camisa blanca, muy fina, y unos pantalones negros que le iban bastante ajustados. Alto, con perilla y cabello castaño.

—Papá, tienes que arreglar ese bache que hay en la entrada. Algún día me meteré una hostia pasando por allí y la reparación del coche no la pagaré yo— Sus palabras no sonaban como una amenaza. Ni siquiera serias— ¿Ya está lista la cena?

—No sabíamos que venías a cenar. No te he hecho nada. —respondió Agnès.

—¿Cuándo no he venido a cenar? Todos los viernes vengo pronto.

—La semana pasada no lo hiciste.

—¿Si la semana pasada me hubiera caído al suelo, también lo tendría que hacer esta?

El tono de la conversación empezó a caldearse. Agnès se había levantado y ahora estaba en la cocina, sacando unos embutidos de la nevera.

–Arréglatelas con esto.

Dejó los embutidos en el mármol de la cocina –estrecha y fea– y se fue a su habitación.

Gerard entró en la casa por la puerta de la cocina y cogió la caja de los embutidos. Fue hasta el salón y la dejó allí, sobre la mesa. Volvió a la cocina, abrió la nevera y sacó un plato de membrillo. También lo dejó en el salón. En un último ir y venir, cortó unas rebanadas de pan de payés y cogió un tomate.

Al cabo de media hora, cuando se hubo acabado todos los embutidos, rebuscó algo más por los armarios. Encontró una caja de galletas que olían a ajedrez y a residencia. Entonces, Agnès entró en el salón de nuevo. Se sentó en la butaca en la que había pasado toda la tarde y antes de volver a abrir su libro le preguntó a Gerard:

–¿Cómo te ha ido en la universidad?

Él se la quedó mirando como un pasmarote mientras masticaba. No la ignoraba, solo estaba de mal humor.

–¿No piensas contestarme? – volvió a preguntar. Le desafiaba con la mirada, o tal vez solo le temblaban un poco los ojos.

Pasaron diez segundos.

–Estoy comiendo. Si quieres que te dé alguna explicación, pídemela luego.

–Ahora es el momento perfecto para hablar.

Gerard quería responderle algo como «déjame en paz», pero cuando iba a hacerlo se mordió la punta de la lengua. Dio un respingo y se llevó su servilleta a la boca. Con la otra mano, dio un golpe sobre la mesa.

Agnès nunca había soportado las subidas de tono de Gerard. De hecho, había acabado por no soportar

nada de lo que su hijo hacía o decía. Desde que tenía dieciséis años, su relación había ido complicándose hasta tal punto que se veían como enemigos viviendo bajo el mismo techo. Y aunque Agnès, en el fondo, lo quería tal y como se quiere un hijo, ya hacía tiempo que pasaba de demostrárselo. ¿La última vez que se habían abrazado? Cuando él iba a tercero de secundaria, a sus catorce años. Habían pasado muchos años desde entonces. Agnès no recordaba cómo era el contacto con su hijo mayor, no recordaba ni su olor ni su piel y pocas cosas podían haber peores que esa. No solo se habían distanciado en sus ideas, sino que también en lo físico. Como si hubieran firmado una orden de alejamiento, no se acercaban más de cinco metros el uno del otro.

Palau salió de su habitación y recorrió lentamente el pasillo hasta el salón. Había oído los gritos y los golpes. Esa situación se venía repitiendo desde hacía mucho tiempo. Ninguna sorpresa.

–¿Qué ha pasado?–preguntó.

–Tu hijo se niega a explicarme cómo le ha ido en la universidad.

–Escucha, tía. Siempre que tengo algo importante que contar lo hago cuando estáis todos, para que os enteréis. Entonces sí que no te importa demasiado lo que tenga que decir, ¿eh? Que parece que esperes a que esté de mala hostia para venir a... a pedirme que te cuente mi vida– dijo Gerard, bastante dolido.

–No me vengas con esas, Gerard, que sabes muy bien lo pesado que te pones con las explicaciones cuando te sientes... esto... motivado, feliz. Que no hay quien te aguante cuando te pones a hablar.

¿Qué era lo que le molestaba más a Gerard? Que le criticaran algo –lo que fuera– de su discurso. Creía que era un gran hablador. Dando sus largas explicaciones y opiniones era cuando más disfrutaba.

–Estoy harto de ti, ¿sabes? Llevas jodiéndome la vida desde que era pequeño. No has sabido ser una buena madre y la consciencia te reconcome, por eso me insultas.

–¿Una mala madre te habría pagado una carrera de Derecho en una de las universidades más caras de Barcelona? ¿Una mala madre te estaría pagando un máster? ¿Una mala madre habría hecho todo lo que he hecho y hago por ti? ¡Tú no sabes lo que es una mala madre! ¡Tú no sabes nada!

Ese “nada” había sonado convencido, más que todo lo que había dicho hasta entonces, como si lo dijera de todo corazón.

–Esa es tu obligación como madre. Hacer todas esas cosas.

Agnès se sentó en su butaca. Eso iba para largo.

–Estás muy equivocado, chico. Si te crees que porque se te dé bien darle a la lengua vas a conseguir tener más razón, vas fino.

–Te estoy acorralando. Si no, no dirías eso.

–Demuéstrame todo lo que dices con palabras, en lugar de ir fanfarroneando y criticando por los sitios. Fanfarronear y criticar, no sabes hacer nada más... Ah, sí, y soltar discursos aburridos a quienes menos les importan.

Gerard se levantó y se fue a su habitación. Cerró la puerta despacio, imaginando que la cabeza de su madre estaba entre la puerta y la pared, aplastándose.

Fuera, ya era de noche. Dentro, las luces siguieron encendidas hasta las tres de la madrugada. Cuando se alteraba, a Agnès le daba por leer hasta muy tarde, hasta que olvidara las razones por las que estar enfadada.

Agnès entró en su habitación. Palau ya estaba en la cama, hojeando las últimas páginas de un periódico. En la mesita de noche había unos frascos con aceites y

cosas por el estilo. Palau cogió uno y dijo:

–¿Quieres que te dé un masaje con esta resina?

–Oh, sí, por favor –dijo Agnès, y se quitó el albornoz de ducha que llevaba. Se tiró boca abajo al pie de la cama. Palau dejó que cayeran unas gotas de color ámbar sobre su espalda desnuda y las fregó. Masajeó de diferentes formas: dando golpecitos, gratando, tiritando...

–¿Qué piensas de lo del universitario?–dijo Palau. Siempre llamaba “el universitario” a Gerard. Se sentía orgulloso de que, pese haber sido un mal alumno cuando era más joven, hubiese conseguido sacarse una carrera y de que aún fuera a por más.

–¿Lo de que quiere comprarse un despacho en Barcelona?

Palau asintió con la cabeza, aunque Agnès no le podía ver la cara.

–Pues... que si lo hace con su dinero, perfecto, pero del mío no verá ni un duro.

–Me comentó el otro día que podríamos ayudarle a pagar la mitad del despacho, y que si le iba mal, pues lo alquilábamos y cobrábamos el alquiler íntegro nosotros, y que si no ya nos lo iría devolviendo con el tiempo.

–Ni en broma, Palau. Le hemos dado todo lo que ha querido hasta ahora. ¡Hasta el capricho de restaurar ese Land Rover que tenía tu padre desguazado en su garaje! No hay más. Si quiere seguir dándose caprichos, que se los pague él, que ya es mayor.

–No te reconozco, Agnès–y se giró hasta su lado de la cama, dejando el masaje a medias. –Ni que tus padres no hubieran hecho nada por ti.

–Mis padres me dieron todo lo que se pudieron permitir. A partir de entonces, cuando vi que ya era hora de empezar a ser independiente, volé del nido e hice mi vida. No veo que me haya ido nada mal, ¿eh?

Pero, claro, entiendo que tú, habiendo sido siempre un niño al que le han dado todo, digas eso. «Es inútil responderle» pensó Palau. Fingió que se había dormido.

Agnès, por su parte, se arrepintió de haber dicho eso último. A veces olvidaba que no era lo mismo ser tan testaruda con sus hijos que con su marido. El ser tan estricta iba pegado a su personalidad, no se la podía entender sin ello.

Los domingos, después de comer, Bernat y Gerard salían a dar una vuelta por el bosque. Uno de sus vecinos era escultor y tenía parte de su finca decorada con piezas de metal, piedras... Era como un museo al aire libre. Siempre que iban encontraban nuevas obras.

Se pararon a descansar en un tronco sobre el que había unas figuras de cerámicas. Representaba la leyenda de Sant Jordi: el caballero, la princesa, el dragón y una rosa que además de estar hecha con arcilla también estaba cubierta de azulejos rojos.

–¿Qué te parece esto, Bernat?

–Es muy bonito. El señor Domínguez—que así es como se llamaba el artista—es un gran, gran genio.

–Utilizas la palabra “genio” casi para todo el mundo, ¿eh?

–Todos somos genios, ¿no?

–Eh... es una forma de verlo, sí... ¿Por qué no?—rió.

Pasearon por esa zona durante un rato. Había un valle en el que el vecino escultor había puesto una de sus obras. Un gran árbol hecho con pedazos de metal y un tronco de granito. Lo cruzaron y siguieron por la parte más oscura y densa del bosque.

–¿Te parece bien que tenga un despacho en Barcelona?

–Sí.

–¿Te querrás venir a verlo cuando lo tenga?

–Papá y mamá no me dejan ir allí. Dicen que es peligroso.

—Algún día tendrá que ser la primera vez. ¿Qué edad tienes ahora? ¿Nueve años?

—Siete...

—Bueno, igualmente. Hay niños más pequeños que tú que ya van por Barcelona solos, sin sus padres. Si te pasa algo malo, es porque te metes en algún lugar como... no sé, alguna calle del Raval. No te atracan si tú no quieres que te atraquen.

—Háblame más de Barcelona, Gerard. ¿El cielo de allí, cómo es?

—Hmm... más sucio que el que aquí, sí, pero ocurren tantas cosas que no hay tiempo para darse cuenta.

Bernat se estaba haciendo un ramo con unas flores de pétalos blancos. Dentro del tallo tenían un líquido del color de la leche.

—Ve con cuidado con eso blanco. Es venenoso.

—No nací ayer. Ya lo sé—respondió Bernat, sonriendo.

—¡El agua sale fría! ¡Fría!—repitió Bernat desde el baño. Agnès, que estaba en el porche de detrás, fumando un cigarrillo, entró de nuevo en la casa. Bernat seguía gritando, con la esperanza de que alguien le hiciera caso de una vez.

El termo debe estar estropeado. Cierra la ducha. Te tendrás que duchar fuera.

—Ni hablar, mamá. Hace un frío horrible.

—No queda otra...

Agnès lo cubrió con una toalla y se lo llevó a una colina que había cerca de la casa. Allí, su padre, Palau, y dos amigos suyos de la ciudad, que habían subido a verlo, estaban tomándose unos cafés, en unas sillas plegables.

Entre unos árboles había un tanque lleno de agua verde, estancada. Agnès echó un jabón en el tanque y metió a Bernat dentro. Bernat hacía cara de asco, Ag-